

rincón de la pieza. Después de cinco minutos de silencio, el austriaco mascullado o tres palabras, que mi basileo tradujo así:

«—No pasará.

»—¿Por qué?»

Aquí principiaron las explicaciones.

«—No están sus señas en el pasaporte.

»—Mi pasaporte es del ministerio de Estado.

»—Es antiguo.

»—No tiene un año de fecha, y es válido legalmente.

»—No está visado por la embajada austriaca en París.

»—Se equivoca usted; sí lo está.

»—Le falta el sello en seco.

»—Será olvido de la embajada: además, ahí está el visto bueno de las otras legaciones extranjeras. He cruzado el cantón de Basilea, el gran ducado de Baden, el reino de Wurtemberg, toda la Baviera, y nadie me opuso el menor obstáculo. Con sólo declarar mi nombre, ni siquiera han desdoblado mi pasaporte.

»—¿Tiene usted algún cargo público?

»—He sido ministro en Francia y embajador de S. M. Cristianísima en Berlín, Londres y Roma. Soy conocido personalmente de su soberano y del príncipe de Metternich.

»—Es inútil.

»—¿Quiere que preste fianza? ¿Quiere darme un guarda que responda de mí?

»—No pasará.

»—¿Y si enviara un propio al gobierno de Bohemia?

»—Haga lo que guste.»

Faltóme la paciencia, y principié a dar al aduanero a todos los diablos. Embajador de un rey sobre su trono, poco me habría importado perder algunas horas; pero embajador de una princesa aprisionada, me creía infiel con la desgracia y traidor con mi soberana cautiva.

El hombre escribía, y el basileo no traducía mi monólogo; pero hay palabras francesas que nuestros soldados han enseñado a Austria, y que ésta no ha olvidado. Dije al intérprete: «Explícale que me dirijo a Praga para ofrecer mis homenajes al rey de Francia.» El aduanero, sin interrumpir lo que estaba escribiendo, contestó: «Carlos X no es para Austria el rey de Francia.» Yo repuse: «Lo es para mí.» Estas palabras, lanzadas al cancerbero, parecieron causarle algún efecto, pues me miró oblicuamente y por lo bajo. Creí que su larga apuntación sería, al fin, un visto bueno

favorable: él, por su parte, después de haber hecho otros cuantos garabatos en el pasaporte de Jacinto, lo pasó todo al intérprete. Sucedió que el visto bueno era una explicación de los motivos que le impedían dejarme continuar mi camino; de suerte que no sólo me era imposible ir a Praga, sino que mi pasaporte estaba tachado de falso para los demás puntos en que pudiera presentarme. Volvíme al carruaje, y ordené al postillón: «A Waldmunchen.»

Mi regreso no sorprendió al dueño de la posada, quien me refirió que lo mismo había sucedido a otros extranjeros. Mi posadero, muy buen hombre y administrador de correos, se encargó de enviar al gran burgrave de Bohemia la carta, cuya copia va a continuación:

«Waldmunchen, 21 de mayo de 1833.

»Señor gobernador: teniendo el honor de ser conocido personalmente de S. M. el emperador de Austria y del príncipe de Metternich, suponía que podía viajar por los Estados austriacos con un pasaporte que, no contando aún un año de fecha, era todavía válido legalmente, estando, además, visado por el embajador de Austria en París para Suiza e Italia. En efecto, señor conde; he cruzado Alemania, y mi nombre bastó para que me dejasen pasar. Esta mañana, sin embargo, el jefe de la aduana austriaca de Haselbach no se ha creído autorizado para concederme el pase, por las razones enunciadas en su anotación en mi pasaporte, que va adjunto, y en el del señor Pilorge, mi secretario, obligándome, con gran pesar mío, a retroceder a Waldmunchen, en donde espero vuestras órdenes. Me atrevo a esperar, señor conde, que tendrá la bondad de remover la pequeña dificultad que me detiene, enviándome por el propio que tengo el honor de expedirle, el permiso indispensable para ir a Praga, y desde allí a Viena.

»Soy con la mayor consideración, señor gobernador, vuestro humilde y obediente servidor.

»CHATEAUBRIAND.»

»Perdonad, señor conde, la libertad que me tomo de enviar adjunto una carta abierta para el duque de Blacas.»

Un poco de orgullo se trasluce en esta carta, porque me sentía lastimado. Me veía tan humillado como Cicerón cuando,

al volver en triunfo de su gobierno de Asia, le preguntaron sus amigos si venía de Bayas o de Tusculano. Pues qué, ¡mi nombre, que volaba del uno al otro polo, no había llegado a oídos de un aduanero en las montañas de Haselbach!

¡Quién sabe, no obstante, si aquel aduanero me conocía! ¡Las policías de todos los países están enlazadas tan íntimamente! Un hombre político, que no aprueba ni admira los tratados de Viena; un francés, que quiere el honor y la libertad de Francia, muy bien podría estar anotado en el Index de Viena. ¡Qué noble venganza la de proceder con el señor de Chateaubriand como con uno de esos comisionistas, tan sospechosos a los espías! ¡Qué satisfacción tan agradable la de tratar como a un vagabundo cuyos papeles no están en regla a un enviado encargado de llevar traidoramente a un niño desterrado los adioses de su madre cautiva!

El propio salió de Waldmunchen el 21 a las once de la mañana, y calculé que podía estar de regreso a los dos días, el 23, de doce a cuatro; pero mi imaginación no descansaba. ¿Qué iba a ser de mi mensaje? Si el gobernador es hombre firme y que sabe vivir, me enviará el permiso; si es tímido y sin talento, me contestará que, no estando mi petición en sus atribuciones, se había apresurado a consultar a Viena. Este pequeño incidente puede agradar y desagradar a la vez al príncipe de Metternich. No ignoraba cuánto teme a los periódicos, y le he visto en Verona abandonar los asuntos más importantes y encerrarse azorado con el señor de Gentz para redactar un artículo contestando a *El Constitucional* y a *Los Debates*. ¿Cuántos días transcurrirán hasta la transmisión de las órdenes del ministro imperial?

Por otra parte, ¿tendrá el señor de Blacas un placer en verme en Praga? ¿No supondrá el señor de Damas que voy a destronarle? ¿No dará ningún cuidado al cardenal de Latil? ¿No se aprovechará el triunvirato del accidente ocurrido para hacerme cerrar las puertas en vez de hacérmelas abrir? Nada más fácil: basta una palabra dicha al oído del gobernador, palabra que ignoraré toda mi vida. ¿En qué inquietud no estarán mis amigos de París? Cuando se conozca la aventura, ¿qué ruido no meterán las gacetas? ¿Qué extravagancias no harán correr?

¿Y si el gran burgrave no tiene por conveniente responder? ¿Y si está au-

sente y nadie se atreve a reemplazarle? ¿Qué será de mí sin pasaporte? ¿Dónde podré hacerme reconocer? ¿En Munich? ¿En Viena? ¿Qué maestro de postas me ofrecerá caballos? Estaré de hecho preso en Waldmunchen.

Ya pensaba en los dragones que me iban a fusilar, y en mi alejamiento de todo cuanto me era querido. Me queda muy poco tiempo que vivir para perder ese poco. Horacio dijo: *Carpe diem* (coge el día): consejo del placer a los veinte años, de la razón a mi edad.

Cansado de pensar todos estos casos, oí el ruido de mucha gente por fuera: mi posada estaba en la plaza de la aldea: me asomé a la ventana, y vi a un sacerdote que llevaba los últimos sacramentos a un moribundo. ¿Qué le importaban a ese moribundo los asuntos de los reyes, de sus servidores y de la tierra? Todos abandonaban lo que estaban haciendo y se iban en seguimiento del cura: jóvenes, ancianas, niños, madres con sus pequeñuelos en brazos, repetían las oraciones de los agonizantes. Cuando el cura llegó a la puerta del enfermo, dió la bendición con el santo Viático. Los asistentes se postraron de rodillas haciendo la señal de la cruz y bajando la cabeza. El pasaporte para la eternidad no será desconocido por el que distribuye el pan y da albergue al viajero.

CAPILLA. — MI CUARTO EN LA POSADA. — DESCRIPCIÓN DE WALDMUNCHEN.— CARTA DEL CONDE DE CHOTECK.—LA ALDEANA. — SALIDA DE WALDMUNCHEN. — ADUANA AUSTRIACA. — ENTRADA EN BOHEMIA. — MONTE DE PINOS. — CONVERSACIÓN CON LA LUNA.—PILSEN.—GRANDES CAMINOS DEL NORTE. — VISTA DE PRAGA.

Aun cuando había estado siete días sin acostarme, no pude quedarme en casa: no era más de la una. Al salir de la aldea por el lado de Ratisbona, vi a la derecha, en medio de un campo de trigo, una capilla blanca, y hacia allá dirigí mis pasos. Estaba cerrada la puerta, y a través de una ventana se divisaba un altar con una cruz. Sobre el arquitrabe estaba escrita la fecha de la construcción, 1830: derribábase una monarquía en París y se erigía una capilla en Waldmunchen. Las tres generaciones desterradas debían ir a habitar un destierro a cincuenta leguas del nuevo asilo consagrado al rey cruci-

ficado. Millones de acontecimientos se consuman a la vez: ¿qué le importa al negro, dormido bajo una palmera a orillas del Níger, el blanco que cae en el mismo instante herido por el puñal en las riberas del Tíber? ¿Qué le importa al que llora en Asia el que ríe en Europa? ¿Qué le importaba al albañil que edificaba aquella capilla, al sacerdote bávaro que exaltaba aquel crucifijo en 1830, el demoleedor de Saint-Germain-l'Auxerrois, el destructor de cruces en 1830? Los sucesos sólo interesan a los que en ellos sufren o a los que de ellos se aprovechan, y nada son para los que los ignoran, o para aquellos a quienes no alcanzan.

De vuelta a la posada me arrojé sobre dos sillas con la esperanza de dormir; pero inútilmente; el movimiento de mi imaginación era más fuerte que mi cansancio. No podía olvidar mi despacho, y la comida nada hizo adelantar al asunto. Acostéme en medio del rumor de los baños que volvían del campo. A las diez escuché otro ruido: el sereno cantó la hora: ladraron cincuenta perros, y en seguida se fueron a la perrera, como si el sereno les hubiera dado orden de callar. Reconocí la disciplina alemana.

La civilización ha progresado en Alemania desde mi viaje a Berlín; las camas ya son casi bastante largas para un hombre de estatura regular; pero la sábana de encima continúa cosida a la colcha, y la de abajo, demasiado estrecha, acaba por torcerse y arrollarse, causando una gran incomodidad: y ya que estoy en el país de Augusto Lafontaine, imitaré su genio, instruyendo a la última posteridad de lo que existía en mi tiempo en el cuarto de mi posada en Waldmunchen. Sepan, pues, mis nietos que ese cuarto era una habitación a la italiana, paredes desnudas, estropajeadas de blanco, sin molduras ni colgaduras de ninguna clase, con una ancha faja de color por bajo, y tres filetes alrededor del techo. En la pared, y de trecho en trecho, algunos pequeños grabados franceses e ingleses en sus marcos: dos ventanas con colgaduras blancas de algodón; en medio del cuarto una mesa para doce cubiertos por lo menos; seis sillas con sus almohadones cubiertos con una tela encarnada a cuadros escoceses: en un rincón, junto a la puerta, una estufa de loza barnizada de negro, cuyas caras presentaban en relieve las armas de Baviera. La puerta estaba provista de una máquina de hierro complicada capaz de

cerrar las puertas de una prisión y de burlar las ganzúas de los amantes y de los ladrones. Revelo a los viajeros el excelente cuarto donde escribí este inventario, que puede apostárselas al avaro, y se lo recomiendo a los futuros legitimistas que pudieran ser detenidos por los herederos del macho cabrío montés de Haselbach. Esta página de mis *Memorias* complacerá a la escuela literaria moderna.

Después de haber contado a la luz de mi lamparilla los astrágalos de mi cuarto, y de examinar los grabados de la *joven milanese*, la *joven helveciana*, la *joven francesa*, la *joven rusa*, el difunto rey de Baviera y la difunta reina de Baviera, que se parece a una mujer a quien conozco y cuyo nombre no puedo recordar, lo gré conciliar por algunos minutos el sueño.

Me levanté el 22 a las siete, y habiéndome quitado un baño lo que me quedaba de cansancio, me ocupé sólo de mi aldea, igual que el capitán Cook de un islote descubierto por él en el Océano Pacífico.

Waldmunchen está situado sobre la pendiente de una colina, y se parece bastante a una aldea derruida de los Estados Romanos; algunas fachadas pintadas al fresco, un arco a la entrada y a la salida de la calle principal, donde están establecidas las tiendas, una fuente seca en la plaza, un empedrado detestable mezclado de losas grandes y de pequeños guijarros, como el que se ve sólo en los *alrededores de Quimper-Corentin*.

El vecindario, cuya apariencia es rústica, no viste traje particular. Las mujeres van con la cabeza al aire o envuelta en un pañuelo, como las lecheras de París; sus vestidos son cortos y andan con las piernas y pies desnudos como los niños. Los hombres van vestidos, unos como los habitantes del pueblo de nuestras ciudades, y otros como nuestros antiguos aldeanos. A Dios gracias, sólo llevan sombreros, y desconocen los infames gorros de algodón de nuestros compatriotas.

Todos los días hay, *ut mos*, espectáculo en Waldmunchen, y fui a presenciarlo. A las seis de la mañana un pastor anciano, alto y delgado recorre la aldea en diferentes paradas, tocando una trompa recta, de seis pies de largo, que, de lejos, podría tomarse por una bocina o un cayado de pastor. Primero despide tres sonidos metálicos bastante armonio-

so, y luego hace oír el aire precipitado de una especie de galop pastoril de los boyeros de Suiza, imitando los mugidos de los bueyes y los gruñidos de los cerdos. La tocata concluye con una nota sostenida y que llega hasta el falsete.

Súbitamente salen por todas las puertas vacas, becerras, terneros, toros, e invaden mugiendo la plaza de la aldea; subiendo o bajando de todas las calles circunvecinas, y formados en columna toman el camino acostumbrado para ir a pacer. Sigue detrás caracoleando el escuadrón de puercos, parecidos a jabalíes, y van gruñendo. Los carneros y corderos, colocados a la cola, forman, balando, la tercera parte del concierto; los gansos constituyen la reserva, y en un cuarto de hora todo desaparece.

Por la tarde a las siete se oye de nuevo la trompa, y es señal de que vuelve el ganado. El orden de marcha ya es distinto, los puercos forman la vanguardia, siempre con la misma música: algunos, a manera de exploradores, corren a la ventura, o se detienen en todas las esquinas: los carneros desfilan, las vacas con sus hijos, hijas y maridos cierran la marcha: los gansos van ondeando por los costados. Todos esos animales regresan a sus techados, y ninguno se engaña de puerta; pero hay cosacos que van al merodeo, aturdidos que juegan y no quieren entrar y toros jóvenes que se obstinan en quedarse con una compañera que no es de su establo. Entonces acuden las mujeres y los niños con sus varas, y obligan a los descarriados a reunirse con los suyos, y a los refractarios a someterse a la regla. Me gozaba yo en aquel espectáculo, como en otro tiempo Enrique IV en Chauny se divertía con el vaquero llamado *Tout-le-Monde*, que reunía sus ganados al son de la trompeta.

Hace muchos años que, estando en el palacio de Fervacques, en Normandía, en casa de la señora de Custines, ocupaba yo la habitación de ese Enrique IV: mi cama era enorme: el bearnés habría dormido en ella con alguna Florette: gané allí el realismo, pues, naturalmente, no lo tenía. El palacio está rodeado de fosos llenos de agua. Las vistas de mi ventana se extendían sobre praderas que cruza el pequeño río de Fervacques. En aquellas praderas vi una mañana una elegante puerca, de extraordinaria blancura, que parecía ser la madre del príncipe cochinito. Se hallaba echada al pie de un sauce sobre la fresca hierba, en el

rocío: un joven verraco cogió un poco de musgo fino, y triturado con sus colmillos de marfil fué a esparcirlo sobre la que dormía; tantas veces renovó esta operación, que la blanca marrana concluyó por quedar enteramente oculta: sólo se veían sus patas negras que salían entre la capa verde que le cubría.

Sea dicho esto en honor de un animal de mala fama del que me avergonzaría de haber hablado demasiado, si Homero no lo hubiera cantado. Echo de ver, en efecto, que esta parte de mis *Memorias* no es sino una odisea. Waldmunchen es Itaca: el pastor es el fiel Eumeo con sus puercos: yo soy el hijo de Laertes, de vuelta de recorrer la tierra y los mares.

22 de mayo de 1833.

Si tuviera veinte años, buscaría algunas aventuras en Waldmunchen como medio de abreviar las horas; pero a mi edad no tiene uno más escala de seda que en recuerdo, ni escala las paredes más que con sombras. En otro tiempo estaba yo muy unido con mi cuerpo, y le aconsejaba que viviera cuerdateamente, a fin de que apareciese esbelto y robusto por unos cuarenta años. El se burlaba de los juramentos de mi alma; se obstinaba en divertirse, y no habría dado un comino por ser un solo día lo que se llama *un hombre bien conservado*. «¡Vaya al diablo! — exclamaba—: ¡qué he de ganar con escatimar de mi primavera las dulzuras de la vida cuando nadie querrá compartirlas conmigo!» Y se entregaba a los placeres hasta saciarse.

Me encuentro, pues, obligado a tomarlo tal como se halla en la actualidad. El 22 le llevé a pasear al Sudeste de la aldea, y seguimos entre las canteras un arroyo que daba su fuerza a unas fábricas. En Waldmunchen se fabrican telas, cuyas piezas estaban extendidas sobre los prados; las jóvenes encargadas de mostrarlas corrían con los pies desnudos sobre las zonas blancas precedidas de los chorros de agua que brotaban de sus regaderas, lo mismo que los jardineros riegan un cuadro de flores. A lo largo del arroyo iba yo pensando en mis amigos; su recuerdo me enternecía, y me preguntaba luego qué dirían de mí en París: «¿Habrá llegado? ¿Habrá visto a la familia real? ¿Volverá pronto?» Y reflexionaba si mandaría a Jacinto a buscar manteca fresca y pan moreno para comer berros a orillas de una fuente, bajo un

grupo de chopos. Mi vida no tenía más ambición que aquella. ¿Por qué la fortuna ha unido los faldones de mi ropilla con el paño del manto de los reyes?

Al regresar a la aldea pasé junto a la iglesia: a la muralla hay unidos dos santuarios: el uno presenta a San Pedro Advíncula con un cepillo para los presos, y deposité en él unos cuantos *kreutzer* en memoria de la prisión de Pellico y de mi celda en la prefectura de policía. El otro santuario representa la escena del monte Olivete, escena tan conmovedora y sublime, que ni aun allí aparecía destruida por lo grotesco de los personajes.

Apresuré mi comida, y corrí a la oración de la tarde, a que oía tocar. Al volver la esquina de la angosta calle de la iglesia, se ofreció a mi vista una perspectiva de colinas lejanas: un resto de claridad respiraba aún en el horizonte, y esa claridad moribunda venía del lado de Francia. Un sentimiento profundo me atravesó el corazón. ¿Cuándo acabará mi peregrinación? Yo atravesé las tierras germánicas, bien miserable, cuando volvía del ejército de los príncipes, y con mucho triunfo cuando me dirigía a Berlín, siendo embajador de Luis XVIII; después de tantos y tan diversos años, entraba de oculto en el interior de esa misma Alemania para buscar al rey de Francia, desterrado de nuevo.

Penetré en la iglesia, la cual estaba enteramente oscura; no había siquiera en ella una lámpara encendida. A través de las tinieblas sólo pude reconocer el santuario bajo una bóveda gótica por su obscuridad más densa. Las paredes, los altares, los pilares, me parecieron cargados de adornos y de cuadros llenos de molduras: la nave estaba ocupada por bancos juntos y paralelos.

Una mujer anciana rezaba en alta voz los *Padrenuestros* del rosario, y otras viejas y jóvenes a quienes no veía contestaban las *Avemarias*. La anciana articulaba bien; su voz era clara; su acento grave y patético; se hallaba separada de mí por dos bancos; su cabeza se inclinaba lentamente en la sombra cada vez que pronunciaba la palabra *Cristo*, añadiendo alguna oración al *Padrenuestro*. Después del rosario empezaron la letanía de la Virgen, y los *ora pro nobis* salmodiados en alemán por las invisibles devotas resonaban en mi oído como la palabra repetida: ¡*Esperanza, esperanza, esperanza!* Salimos de allí en tropel, y me fui a acostar con la esperanza. Mu-

cho tiempo hacía que no la estrechaba en mis brazos, pero nunca envejece, y se la quiere siempre, a pesar de sus infidelidades.

23 de mayo de 1833.

El 23 por la mañana mezcló el cielo algunas dulzuras a mis males: Bautista me comunicó que el hombre de más consideraciones en el pueblo, el cervecero, tenía tres hijas, y poseía mis obras, colocadas entre sus toneles. Cuando salí, el señor y dos de sus hijas me miraban pasar: ¿qué hacía la tercera? En otro tiempo llegó a mis manos una carta del Perú, escrita de mano de una dama, prima del sol, que admiraba a Atala; pero ser conocido en Waldmunchen, a las barras mismas del lobo de Haselbach, era cosa mil veces más gloriosa; verdad es que esto sucedía en Baviera, a una legua de Austria, ludibrio de mi fama, ¿Quiere saberse lo que habría ocurrido si mi excursión a Bohemia hubiera sido emprendida por mí solo? (¿Pero qué hubiera ido a hacer por mí solo en Bohemia?) Detenido en la frontera, habría regresado a París. Un hombre había pensado hacer un viaje a Pekín: le vió un amigo suyo en el puente real en París, y le dijo: «¿Cómo es eso? Yo le creía en la China.» «He vuelto: esos chinos me han puesto dificultades en Cantón, y los dejé plantados allí.»

Mientras Bautista estaba refiriéndome mis triunfos, el clamoreo de un entierro me hizo asomar a la ventana. Pasa el cura precedido de la cruz, y afluyen hombres y mujeres; éstas vestidas de negro, aquéllos con capas. El cadáver fué conducido al cementerio: media hora después volvieron los acompañantes sin el acompañado. Dos mujeres jóvenes tenían sus pañuelos sobre los ojos, y una de ellas lanzaba gritos: ambas lloraban a su padre: el difunto era el que recibió el Viático el día de mi llegada.

Dispersada la multitud, emprendí el camino que había visto seguir al convoy en la dirección del Levante de invierno. Encontré primero una laguna de agua estancada, a cuya orilla corría rápidamente un arroyo como la vida a orillas de la tumba. Las cruces a la vuelta de una colina me indicaron el cementerio. Subí un camino practicado en una hondonada, y la brecha de una pared me franqueó el santo recinto.

Surcos de arcilla representaban los cuerpos sobre la tierra: en diferentes si-

tios se elevaban cruces que marcaban los boquetes por donde los viajeros habían entrado en el nuevo mundo. Un pobre anciano cavaba la sepultura de un niño; sudoroso y con la cabeza descubierta, no cantaba ni bromeaba, a semejanza de los clowns de Hamlet. Más allá había otra fosa, junto a la cual se veía un banquillo, una palanca y una cuerda para descender a la eternidad.

Fuí directamente a aquella fosa, que parecía decirme: «¡Mira, una buena ocasión!» En el fondo yacía el reciente ataúd cubierto de una poca de tierra, aguardando la demás. Una pieza de lienzo blanqueaba sobre el césped: los muertos tenían cuidado de su sudario.

El cristiano alejado de su país tiene siempre el medio de transportarse a él rápidamente, visitando alrededor de las iglesias el último asilo del hombre: el cementerio es el campo de familia y la religión la patria universal.

Cuando volví eran las doce del día; según todo cálculo, el propio no podía estar de regreso antes de las tres; pero, con todo, cada pisada de caballo me hacía salir a la ventana: conforme se iba acercando la hora, me convencía de que no llegaría el permiso.

Para devorar el tiempo pedí la cuenta de mi gasto, poniéndome a contar las gallinas que había comido; otros más ilustres que yo no han desdeñado ese cuidado. Enrique Tudor, séptimo de este nombre, en quien acabaron las discordias de la *Rosa blanca* y de la *Rosa encarnada*, como voy yo a unir la escarapela blanca a la escarapela tricolor, Enrique VII fué anotando página por página un cuaderno de cuentas que yo he visto: «A una mujer, por tres manzanas, doce sueldos; a Bernardo, el poeta ciego, cien chelines (era mejor que Homero); a un hombre pequeño (*litte man*), en Shafsbury, veinte chelines.»

A las tres, hora en que el propio podía ya estar de vuelta, me dirigí con Jacinto al camino de Haselbach. Íbamos precedidos por un rebaño de la aldea, que levantaba en su marcha el noble polvo del ejército del gran duque de Quirocía, combatido tan valerosamente por el hidalgo de la Mancha. En lo alto de una de las cuevas del camino se elevaba un calvario, desde donde se descubriría una larga faja de la calzada. Sentado en un barranco, preguntaba a Jacinto: «Hermana Ana, ¿no ves venir nada?» Algunos carruajes de aldea, vistos a lo lejos, nos

hacían latir el corazón; al acercarse parecían vacíos, como todo cuanto lleva ensueños. Tuve que regresar a casa, y comí bien tristemente. Todavía quedaba una tabla después del naufragio; a las seis debía pasar la diligencia; ¿no podía ésta traer la respuesta del gobernador? Dan las seis, y la diligencia no llega. A las seis y cuarto Bautista entra en mi habitación: «Acaba de llegar de Praga el correo ordinario, y nada trae para usted.» Extinguióse el último rayo de esperanza.

Apenas salió Bautista de mi cuarto, se presentó Schwartz agitando en el aire una carta con un gran sello, y gritando: «Aquí está la respuesta.» Cojo el despacho, y, rompiendo el sello, veo que aquél contenía, con una carta del gobernador, el permiso y un billete del señor de Blacas. La carta del conde de Chotek decía así:

«Praga, 23 de mayo de 1833.

»Señor vizconde: Siento mucho que a su entrada en Bohemia haya sufrido dificultades y retrasos en su viaje. Pero, atendiendo a las órdenes severas que hay en nuestras fronteras para todos los viajeros que proceden de Francia, órdenes que hallará usted mismo muy naturales en las circunstancias presentes, no puedo menos de aprobar la conducta del jefe de la aduana de Haselbach. A pesar de la celebridad europea de su nombre, tendrá a bien disculpar a ese empleado, que no tiene el honor de conocerle personalmente, si ha concebido dudas sobre la identidad de la persona, con tanta más razón, cuanto que su pasaporte no estaba visado más que para Lombardía y no para todos los Estados austriacos. Referente a su proyecto de viaje a Viena, escribo hoy sobre el particular al príncipe de Metternich, y me apresuraré a comunicarle su contestación cuando llegue usted a Praga.

»Tengo el honor de enviarle adjunta la respuesta del duque de Blacas, rogándole tenga a bien recibir las seguridades de la alta consideración con que tengo el honor de ser, etc.

»EL CONDE DE CHOTECK.»

Esta respuesta era cortés y digna: el gobernador no podía abandonar la autoridad inferior, que, en último resultado, no había hecho más que su deber. Yo mismo había previsto en París las obje-

ciones de que pudiera ser objeto mi antiguo pasaporte. En cuanto a Viena, había hablado de ella con un objeto político, a fin de tranquilizar al conde de Chotek, demostrándole que no huía del príncipe de Metternich.

El jueves 23, a las ocho de la noche, subí al carruaje. ¿Quién lo había de creer? Dejé a Waldmunchen con cierta especie de pesar. Me había acostumbrado ya a mis patrones y éstos a mí; conocía todos los semblantes en las ventanas y en las puertas: cuando me paseaba me contemplaban con aire de benevolencia. La vecindad acudió a ver rodar mi carruaje, desquiciado como la monarquía de Hugo Capeto. Los hombres se quitaban sus sombreros y las mujeres me hacían una pequeña señal de congratulación.

Varias veces había yo visto en la puerta de su cabaña a una joven waldmunchana, de rostro a manera de las primeras vírgenes de Rafael; su padre, aldeano de honrado continente, me hacía en alemán un saludo, que yo le devolvía cordialmente en francés: su hija, colocada detrás de él, se ruborizaba mirándome por encima del hombro del anciano. Volví a encontrar mi virgen; pero estaba sola. Le hice un ademán de despedida, y ella permaneció inmóvil, como admirada. Yo quise ver en su pensamiento no sé qué vago pesar, y la dejé como una flor silvestre encontrada en un foso a orillas de un camino, y que ha embalsamado el paso. Atravesé los rebaños de Eumeo, que descubrió su cabeza, encanecida en el servicio de los carneros. Había terminado su día, y regresaba para dormir con sus ovejas, mientras que Ulises iba a continuar su destino.

Hábame yo dicho antes de recibir el permiso: «Si lo obtengo, confundiré a mi perseguidor.» Al llegar a Haselbach me sucedió, como a Jorge Dandín, que mi maldita bondad volvió a levantar su cabeza: no tengo corazón para el triunfo. Como un culpable me hundí en el rincón de mi carruaje, y Schwartz presentó la orden del gobernador: habría yo sufrido mucho con la confusión del aduanero. El, por su parte, no se presentó, ni siquiera hizo registrar mi equipaje. ¡Quédese en paz! ¡Perdóneme las injurias que le he dicho, y que por un resto de rencor no borraré de mis *Memorias*!

Al salir de Baviera por esta parte, sirve de pórtico a Bohemia un obscuro y vasto monte de abetos. Vagaban vapores

en las arboledas; el día declinaba, y el cielo, al Oeste, presentaba un color de flor de melocotonero: los horizontes bajaban hasta tocar casi la tierra. Falta claridad en aquellas latitudes, y, con la luz, la vida: todo está apagado, frío, pálido: parece que el invierno encarga al verano que le guarde la escarcha hasta su próxima vuelta. Un pequeño trozo de luna que se veía brillar me causó placer; no estaba perdido todo, puesto que encontraba un rostro conocido. Este parecía decirme: «¿Tú aquí? ¿Recuerdas que te he visto en otros montes? ¿Recuerdas las ternezas que me dirigías cuando eras joven? Ciertamente que no hablabas mal de mí. ¿De qué proviene ahora tu silencio? ¿A dónde vas solo y tan tarde? ¿Cómo es que nunca cesas de emprender de nuevo tu carrera?»

¡Oh luna! tienes razón; pero si hablabas bien de tus encantos, no ignoras los servicios que me prestabas: tú iluminabas mis pasos cuando me paseaba con mi fantasma de amor. ¡Hoy mi cabeza está plateada, a semejanza de tu rostro, y te extrañas al encontrarme solitario, y me desdenas! Y, sin embargo, he pasado noches enteras envuelto en tus velos. ¿Te atreverías a negar nuestras citas en el césped y a lo largo de los mares? ¡Cuántas veces miraste mis ojos fijos en los tuyos! Astro ingrato y burlón, ¿me preguntas a dónde voy tan tarde? Es una crueldad reprocharme la continuación de mis viajes. ¡Ay! Si camino tanto como tú, no me rejuvenezco a semejanza tuya, que vuelves a entrar cada mes en el brillante círculo de tu cuna.

Caminé toda la noche, atravesando Teinitz, Stankau y Staab. El 24 por la mañana pasé por Pilsen, el hermoso *cuartel*, en estilo homérico.

El campo está cortado y sembrado de eminencias, llamadas montañas de Bohemia, pechos cuyo extremo está marcado por pinos, y cuyo contorno se halla delineado por el verdor de los sembrados.

Las aldeas son escasas. Algunas fortalezas hambrientas de prisioneros se encaraman sobre las rocas como los viejos buitres. De Zditz a Beraun, a la derecha, los montes aparecen pelados; se cruza una aldea, los caminos son espaciosos, y las postas están bien montadas: todo denota una monarquía que imita a la antigua Francia.

Juan el Ciego, en tiempo de Felipe de Valois, y los embajadores de Jorge, en el de Luis XI; ¿por qué veredas pa-

saron? ¿A qué vienen los caminos modernos de Alemania? Habrán de permanecer desiertos, porque ni la historia, ni las artes, ni el clima llaman a los extranjeros a su calzada solitaria. Para el comercio es inútil que los caminos públicos sean tan anchos y tan costosos de sostener; el tráfico más rico de la tierra, el de India y Persia, se verifica a lomo de las caballerías, y por estrechos senderos apenas trazados al través de las cadenas de montañas o de las zonas de arena. Los grandes caminos actuales, en países poco frecuentados sólo podrán servir para la guerra; voluntarios al servicio de nuevos bárbaros, que, saliendo del Norte con el inmenso tren de armas de fuego, irán a inundar regiones favorecidas por la inteligencia y el sol.

Por Beraun crucé el pequeño río del mismo nombre, bastante maligno, como todos los gozquecillos. En 1748 llegó al nivel trazado sobre las paredes de la casa de correos. Pasado Beraun se ven algunas colinas, rodeadas de gargantas que se escotan a la entrada de una llanura. Desde esa llanura entra el camino en un valle de líneas vagas, cuyo regazo ocupa una aldea. Allí empieza una cuesta bastante larga, que conduce a Duschnick. Última parada de postas. Después, bajando hacia un promontorio opuesto, en cuya cima se eleva una cruz, se descubre a Praga en las dos orillas del Moldava. En esta ciudad es donde los hijos primogénitos de San Luis terminan una vida de destierro; donde el heredero de su raza empieza una vida de proseripción, mientras que su madre languidece en una fortaleza sobre el suelo de donde fué expulsada. ¡Franceses, habéis enviado a Praga a la hija de Luis XVI y de María Antonieta, aquella a quien vuestros padres abrieron las puertas del Temple, y no habéis querido conservar entre vosotros este monumento único de grandeza y de virtud! ¡Ah, mi anciano rey! ¡Vos, a quien me complazco, porque estáis caído, en llamar mi señor! ¡Oh tierno infante, a quien yo el primero he proclamado rey! ¿Qué voy a deciros? ¡Cómo me atreveré a presentarme ante vosotros, yo, que no estoy desterrado y me encuentro en libertad de volver a Francia, de exhalar mi último suspiro en la atmósfera que inflamó mi pecho cuando respiré por primera vez; yo, cuyos huesos pueden descansar sobre la tierra natal! ¡Cautiva de Blaye, voy a ver a vuestro hijo!

PALACIO DE LOS REYES DE BOHEMIA.—PRIMERA ENTREVISTA CON CARLOS X.—EL DELFÍN.—LOS INFANTES DE FRANCIA.—LOS DUQUES DE GUICHE.—TRIUNVIRATO.—LA INFANTA.

Praga, 24 de mayo de 1833.

Llegué a Praga el 24 de mayo, a las siete de la tarde, y me apeé en la fonda de los Baños, en la ciudad antigua construida sobre la orilla izquierda del Moldava. Envié un billete al duque de Blacas para avisarle mi llegada, y recibí la respuesta siguiente:

«Si no está usted muy cansado, señor vizconde, el rey tendrá sumo placer en recibirle esta misma noche a las diez menos cuarto; pero si desea descansar, S. M. le verá con gran satisfacción mañana por la mañana a las once y media.»

»Reciba, le ruego, mis más solícitos afectos.

»Viernes 24 de mayo a las siete.

»BLACAS DE AULPS.»

No creí deber aprovecharme de la alternativa que se me presentaba; a las nueve y media de la noche me puse en camino, acompañado por un hombre de la fonda, que sabía algunas palabras de francés. Atravesé calles silenciosas, sombrías y sin faroles hasta el pie de la elevada colina que corona el inmenso palacio de los reyes de Bohemia. El edificio destacaba su negra mole sobre el cielo: no salía luz de sus ventanas, y se advertía allí algo de la soledad, del aspecto y de la grandeza del Vaticano, o del templo de Jerusalén, visto desde el valle de Josafat. No se oía más que el ruido de mis pasos y el de los de mi guía, viéndome obligado a detenerme con frecuencia en las plataformas del empedrado escalonado, pues tan pendiente era la cuesta.

A medida que subía iba descubriendo la ciudad por bajo. Los encadenamientos de la historia, la suerte de los hombres, la destrucción de los imperios, los designios de la Providencia, se presentaban a mi memoria, identificándose con los recuerdos de mi propio destino: después de explorar ruinas muertas, me veía llamado a presenciar ruinas vivas.

Luego que llegamos a la explanada sobre que está construido Hradschin, atra-

vesamos un puesto de infantería, cuyo cuerpo de guardia estaba cercano al postigo exterior. Penetramos por éste en un patio cuadrado rodeado de edificios uniformes y desiertos. Seguimos por la derecha, en el piso bajo, un largo corredor, iluminado de trecho en trecho por faroles de vidrio colgados en la pared, como en un cuartel o en un convento. Al extremo de aquel corredor arrancaba una escalera, al pie de la cual se paseaban dos centinelas. Al subir al segundo piso, encontré al señor de Blacas que bajaba. Entré con él en las habitaciones de Carlos X, en donde había también dos granaderos de centinela. Aquella guardia extranjera, aquellos uniformes blancos a la puerta del rey de Francia, me causaron una impresión penosa. Ocurrióme la idea de una prisión antes que la de un palacio.

Pasamos tres salones oscuros y casi desamueblados, y me parecía vagar todavía por el imponente monasterio del Escorial. El señor de Blacas me dejó en el tercer salón para ir a avisar al soberano con la misma etiqueta que en las Tullerías. Volvió a buscarme, me introdujo en el despacho de S. M., y se retiró.

Carlos X se acercó a mí, y tendiéndome cordialmente la mano, me dijo: «Bien venido, bien venido, señor de Chateaubriand; mucho me alegro de verle: le esperaba. No hubiera usted debido venir esta noche, porque estará muy fatigado. No esté de pie: sentémonos. ¿Cómo está su esposa?»

Nada quebranta tanto el corazón como la sencillez de las palabras en las posiciones elevadas de la sociedad y en las grandes catástrofes de la vida. Me eché a llorar como un niño, y apenas podía sofocar con mi pañuelo el ruido de mis sollozos. Todas las cosas osadas que había hecho propósito de decir; toda la vana e inflexible filosofía de que pensaba revestir mis discursos, todo me faltó. ¡Yo convertirme en pedagogo de la desgracia! ¡Yo atreverme a hacer observaciones a mi soberano, a mi rey de cabellos blancos, a mi rey proscrito, desterrado, próximo a dejar en tierra extranjera sus restos mortales! Mi anciano príncipe me cogió nuevamente de la mano al ver la turbación de ese implacable enemigo, de ese duro combatiente de las ordenanzas de julio. Sus ojos estaban humedecidos; me hizo sentar al lado de una mesita de madera, sobre la que había dos velas: se sentó al lado de

misma mesa, inclinando hacia mí su oído bueno para oír mejor, advirtiéndome así de sus años, que mezclaban sus achaques comunes a las calamidades extraordinarias de su vida.

Me era imposible volver a hallar la voz al ver en la morada de los emperadores de Austria al sexagésimo octavo rey de Francia, encorvado bajo el peso de aquellos reinados y de setenta y seis años: de ellos veinticuatro habían transcurrido en el destierro y cinco en un trono vacilante: el monarca acababa sus últimos días en un último destierro, con el nieto cuyo padre había sido asesinado y cuya madre estaba prisionera. Carlos X, con el fin de interrumpir este silencio, me hizo algunas preguntas. Entonces le expliqué brevemente el objeto de mi viaje; me anuncié como portador de una carta de la duquesa de Berry, dirigida a la Delfina, en la cual la prisionera de Blaye confiaba el cuidado de sus hijos a la prisionera del Temple, como práctica en la desgracia. Añadí que llevaba también una carta para los hijos. El rey me respondió: «No se la entregue: ellos ignoran en parte lo que ha sucedido a su madre: entrégueme esa carta. Además, hablaremos de todo esto mañana a las dos: vaya a acostarse. Verá a mi hijo y a los niños a las once y comerá con nosotros.» El rey se levantó, me dió las buenas noches y se retiró.

Salí, reuniéndome con el señor de Blacas en el salón de entrada: el guía me esperaba en la escalera. Volví a mi habitación, cruzando las calles sobre un empedrado escurridizo con tanta rapidez como lentitud había empleado en subir.

Praga, 25 de mayo de 1833.

Al día siguiente, 25 de mayo, recibí la visita del conde de Cossé, alojado en mi posada, quien me refirió las disidencias del palacio relativas a la educación del duque de Burdeos. A las diez y media subí a Hradschin; el duque de Guiche me introdujo en la habitación del Delfín, y le encontré delgado y envejecido. Llevaba un frac muy raído abrochado hasta la barba, y que, por lo largo que le estaba, parecía comprado en una prendería, el pobre príncipe me causó extrema compasión.

El Delfín tenía valor: su obediencia a Carlos X era lo único que le impidió mostrarse en Saint-Cloud y en Rambouillet como se había mostrado en Chi-

clana: su carácter se había hecho más agreste, y le repugnaba la vista de un semblante nuevo. Muchas veces suele decir al duque de Guiche: «¿Por qué estás aquí? No necesito de nadie: no hay ratonera bastante pequeña para ocultarme.»

Frecuentemente se le oía decir: «Que no hablen de mí; que no se ocupen de mí; nada soy, ni quiero ser nada. Tengo veinte mil francos de renta, y es más de lo que necesito. Sólo debo pensar en mi salvación y en tener un buen fin.» También ha dicho: «Si mi sobrino necesitara de mí, le serviría con mi espada, pero he firmado contra mi gusto mi abdicación por obedecer a mi padre: no la renovaré, ni firmaré nada, que me dejen en paz. Basta mi palabra, porque yo nunca miento.»

Y así es la verdad: su boca no ha dicho jamás mentira alguna; lee mucho, es muy instruido, aun en idiomas: su correspondencia con el señor de Villele, durante la guerra de España tiene bastante mérito, y su correspondencia con la Delfina, interceptada e insertada en *El Monitor*, hace que se le ame. Su probidad es incorruptible; su religión, profunda; su piedad filial llega hasta la virtud; pero una timidez invencible quita al Delfín el uso de sus facultades.

A fin de que estuviera más a su placer, evité hablarle de política, y me limité a informarme de la salud de su padre; asunto sobre el cual nunca sabe acabar de hablar. La diferencia de clima de Edimburgo y Praga, la gota continua del monarca, los baños de Teplitz que éste iba a tomar, lo bien que le sentarían: tal fué el asunto de nuestra conversación. El Delfín vela sobre Carlos X como podría hacerlo sobre un niño: le besa la mano cuando se acerca a él; se informa de cómo ha pasado la noche, alza su pañuelo; habla en alta voz para que le oiga; le impide comer lo que puede hacerle daño; le hace poner o quitar una levita, según la temperatura; le acompaña a paseo, y le trae a su casa. No hablé de otra cosa: ni una palabra de las jornadas de julio, ni de la caída de un imperio, ni del porvenir del trono. «Son ya las once — me dijo —, y va usted a ver a los infantes: a la hora de comer nos veremos de nuevo.»

Me condujeron al cuarto del gobernador, abriéronse las puertas, y vi al barón de Damas con su alumno, a la señora de Gontaut con la infanta, al señor de Ba-

rrande, al señor de La Villate, y algunos otros servidores leales. El joven príncipe, asustado, me miraba de lado y miraba a su gobernador como para preguntarle qué debía hacer, de qué manera había de proceder en tal peligro, o para obtener el permiso de hablarme. La infanta medio se sonreía, de una manera tímida e independiente, pareciendo prestar atención a los actos y ademanes de su hermano. La señora de Gontaut se mostraba orgullosa de la educación que le había dado. Luego de saludar a los dos príncipes, me dirigí al huérfano, y le dije: «¿Me permite Enrique V que ponga a sus pies el homenaje de mi respeto?» Cuando vuelva a ocupar el trono, quizás se acuerde que tuve el honor de decir a su madre: «Señora, vuestro hijo es mi rey.» Por lo tanto, yo he sido el primero en proclamar a Enrique V rey de Francia, y un jurado francés, absolviéndome, ha dejado subsistente mi proclamación: «¡Viva el rey!»

Aturdido el príncipe al oírse llamar rey, y al oír hablar de su madre, de quien nunca le hablaban, retrocedió hasta donde estaba el barón de Damas, murmurando algunas palabras acentuadas, pero casi en voz baja. Dije al señor de Damas: «Señor barón, parece que mis palabras admiran al rey: veo que no sabe nada de su valerosa madre, y que ignora lo que sus servidores tienen a veces la felicidad de hacer por la causa de la monarquía legítima.»

El gobernador me contestó: «Se hace saber a monseñor lo que fieles súbditos como usted, señor vizconde...»

El señor de Damas no terminó la frase, y se apresuró a declarar que había llegado la hora del estudio. Me invitó para la lección de equitación a las cuatro.

Fuí a hacer una visita a la duquesa de Guiche, alojada bastante lejos de allí, en otra parte del palacio: se necesitaban cerca de diez minutos para cruzar hasta allí de corredor en corredor. Estando de embajador en Londres, di una pequeña fiesta en honor de la señora de Guiche, a la sazón en todo el esplendor de su juventud, y seguida de una turba de adoradores: en Praga la encontré cambiada; pero me agradaba más la expresión de su semblante. Su peinado le sentaba muy bien: sus cabellos, cogidos en pequeñas trenzas, como los de una odalisca o los de una medalla de Sabina, caían formando ondas a ambos lados de su frente. La duquesa y el duque de Guiche

representaban en Praga la belleza encadenada a la adversidad.

La señora de Guiche había sido informada de lo que yo había dicho al duque de Burdeos, y me comunicó que se quería alejar al señor de Barrande: que se trataba de llamar jesuitas, y que el señor de Damas había suspendido, pero no abandonado, sus propósitos.

Existía un triunvirato compuesto del duque de Blacas, del barón de Damas y del cardenal Latil, que aspiraba a apoderarse del futuro reinado, aislando al joven rey y educándole en principios y por hombres antipáticos a Francia. El resto de los habitantes del palacio intrigaba contra el triunvirato; los mismos infantes se habían puesto al frente de la oposición. Esta, sin embargo, tenía diferentes matices; el partido Gontaut no era completamente el partido Guiche; la marquesa de Bouillé, tráfuga del partido Berry, se ponía del lado del triunvirato con el abate Moliney. La Delfina, colocada a la cabeza de los imparciales, no era precisamente favorable al partido de la joven Francia, que representaba el señor de Barrand; pero, como mimaba al duque de Burdeos, se inclinaba con frecuencia hacia su lado, y le sostenía contra su gobernador.

La señora de Agoult, adicta en cuerpo y alma al triunvirato, no gozaba de otro crédito con la Delfina que el de la presencia y el de la importunidad.

Después de haber cumplimentado a la señora de Guiche, me fui a ver a la señora de Gontaut, la cual me esperaba con la princesa Luisa.

La infanta hace recordar un tanto a su padre: sus cabellos son rubios; sus ojos azules tienen una expresión de finura; pequeña para su edad, no está tan formada como la representan sus retratos. Toda su persona es una mezcla de niña, de joven y de princesa; mira con los ojos bajos, y sonríe con una sencilla coquetería que no carece de arte: no sabe uno si debe referirle cuentos de hadas o hacerle una declaración, o hablarle con respeto como a una reina. La princesa Luisa une a las habilidades de adorno bastante instrucción: habla inglés, y empieza a saber bien el alemán: hasta tiene un poco de acento extranjero, y principia ya a marcarse el destierro en su lenguaje.

La señora de Gontaut me presentó a la hermana de mi pequeño soberano; inocentes fugitivo, parecían dos gacelas

ocultas entre ruinas. Presentóse la señorita de Vachon, aya segunda, joven excelente y distinguida. Nos sentamos, y la señora de Gontaut me dijo:

«—Podemos hablar; la infanta lo sabe todo, y deplora con nosotros lo que vemos.»

«—¡Oh! — me dijo al mismo tiempo la princesa—. Esta mañana Enrique ha estado muy tonto; pero tenía miedo. El abuelo nos había dicho: «Adivinad a quién veréis mañana; ¡es un poder de la tierra!» Nosotros respondimos: «¡Pues bien, es el emperador!» «No», dijo el abuelo. Procuramos adivinarlo, pero no lo conseguimos. Entonces él nos dijo: «Es el vizconde de Chateaubriand.» Yo me di golpes en la frente por no haberlo adivinado.»

Y la princesa se golpeaba la frente, poniéndose encarnada como una rosa y sonriendo espiritualmente con sus hermosos ojos tiernos y húmedos; yo me moría del deseo de besar respetuosamente su manecita blanca.

«—¿No oyó — continuó ella — lo que le dijo Enrique cuando le encargó que se acordara de usted? Pues dijo: ¡Oh! sí, ¡siempre! ¡pero lo dijo tan bajo! Tenía miedo de usted y de su ayo. Yo le hacía señas, ¿se ha fijado usted? Esta tarde, estará contento; él hablará, ya lo verá usted.»

La solicitud que a la joven princesa inspiraba su hermano era encantadora; yo casi me hacía reo del delito de lesa majestad, lo que, siendo advertido por la princesa, le daba un aspecto de conquista muy gracioso, y procuré tranquilizarla sobre la impresión que me había dejado Enrique.

«—Me alegraba mucho — me dijo — oírle hablar a usted de mamá en presencia del señor de Damas. ¿Quedará pronto en libertad?»

Sabido es que yo tenía una carta de la duquesa de Berry para los príncipes; mas no les hablé de ella, porque ignoraban los detalles posteriores al cautiverio. Dicha carta me la había pedido el rey; pero no creí que me fuese permitido dársela, sino que debía entregarla a la Delfina, a quien era yo enviado, y que entonces tomaba las aguas de Carlsbad.

La señora de Gontaut me repitió lo que me habían dicho la señora de Cossé y la señora de Guiche. La princesa gemía con seriedad de niña. Habiendo hablado su aya de la despedida del señor de Barrande y de la probable llegada de un

jesuita, la princesa Luisa cruzó las manos y dijo suspirando:

«—¡Esto será muy impopular!»

Yo no pude dejar de reírme; también se echó a reír la princesa, poniéndose, no obstante, colorada como siempre.

Para la audiencia del rey me faltaban aún algunos instantes; así es que subí de nuevo a la calesa, y fui a buscar al gran burgrave, el conde de Chotek, que vivía en una casa de campo, a media legua fuera de la ciudad, del lado del palacio. Habiéndole encontrado en casa, le di las gracias por su carta, y él me invitó a comer el lunes, 27 de mayo.

CONVERSACIÓN CON EL REY. — ENRIQUE V. — COMIDA Y REUNIÓN EN HRADSCHIN. — VISITAS. — MISA. — GENERAL SKRZYNECKI. — COMIDA EN CASA DEL GRAN BURGRAVE.

Quando, a las dos, volví al palacio, fui conducido a la presencia del rey por el señor de Blacas. Recibíome Carlos X con su bondad de costumbre y aquella elegante facilidad de modales que la edad hace en él más perceptible; hizome sentar de nuevo al lado de la mesita, y he aquí la relación circunstanciada de nuestra conversación.

«—Señor: la duquesa de Berry me ha mandado que me presentara a V. M. y que entregara una carta a la Delfina. Ignoro lo que esta carta contiene, por más que esté abierta, porque está escrita con limón, lo mismo que la de los hijos; pero en mis dos credenciales, una ostensible y otra confidencial, María Carolina me explica su pensamiento. Pone, durante su cautiverio, como lo dije ayer a V. M., a sus dos hijos bajo la protección particular de la Delfina; además, me encarga que le dé cuenta de la educación de Enrique V, que aquí se le llama el duque de Burdeos; y, finalmente, declara la duquesa de Berry que se ha casado secretamente con el conde Héctor Luchessi Palli, hijo de una familia ilustre. Como estos enlaces secretos de las princesas, de los que hay muchos ejemplos, no las privan de sus derechos, la duquesa de Berry pide que se le conserve el título de princesa francesa, la regencia y la tutela; interin se propone, para cuando esté libre, venir a Praga a abrazar a sus hijos y a poner sus respetos a los pies de V. M.»

El rey me respondió severamente, y

yo, bien o mal, saqué mi réplica de una recriminación.

«—Perdóneme V. M., pero me parece que se le han inspirado prevenciones. El señor de Blacas debe ser enemigo de mi augusta clienta.»

Carlos X me interrumpió:

«—No; pero ella le ha tratado mal, porque la impedía hacer necedades e intentar empresas locas.»

«—No a todos nos es permitido— respondí — hacer necedades de esta especie. Enrique IV peleaba como la duquesa de Berry, y, como ella, no siempre tenía él bastante fuerza. Señor — continué —, vos no queréis que la señora de Berry sea princesa de Francia; pero lo será a pesar vuestro, porque el mundo entero la llamará siempre *la duquesa de Berry*, la heroica madre de Enrique V; puesto que su intrepidez y sus tormentos lo superan todo. V. M. no puede ponerse al nivel de sus enemigos; y, ya que os es tan difícil perdonar la gloria de una mujer, no podéis, imitando al duque de Orleans, desear que se deshonoré con el mismo golpe a los hijos y a la madre.»

«—¡Pues bien! señor embajador— dijo el rey con énfasis benévolo —, vaya la duquesa de Berry a Palermo, viva allí conyugalmente con el señor Luchessi, a la vista de todo el mundo, y entonces se dirá a los hijos que su madre está casada y ella vendrá a abrazarlos.»

Conoció que había adelantado bastante el asunto: los puntos principales estaban ganados en sus tres cuartas partes, a saber la conservación del título y la admisión en Praga en un tiempo más o menos lejano. Mudé de conversación, seguro de acabar mi obra con la Delfina. Los caracteres testarudos se resisten a la insistencia y se echa a perder todo con ellos cuando se pretende obtenerlo todo en lucha abierta.

En interés del porvenir, pasé a hablar de la educación del príncipe; mas sobre este asunto se me comprendió poco, porque la religión ha hecho de Carlos X un solitario, y sus ideas son monásticas. Solté algunas expresiones acerca de la capacidad del señor de Barande y la incapacidad del señor de Damas, y el rey me dijo:

«—El señor de Barande es un hombre instruido, pero tiene demasiado trabajo; habíase elegido para enseñar las ciencias exactas al duque de Burdeos, y lo enseña todo, geografía, historia, latín. A fin de aminorar el trabajo del señor Ba-